

la exposición ó de falta de atención del lector), lo he adoptado sin más explicaciones, dejando á aquellos á quienes en tal cosa puedan tener interés, el cuidado de comparar una con otra ambas ediciones.

HAROLDO HÖFFDING.

Copenhague, 4 de Noviembre de 1900.

LA MORAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Moral positiva y moral científica

1. Base y contenido de los juicios morales. — 2. Dificultades que suscita la tentativa de dar fundamento á los juicios morales por un método científico. — 3. Posibilidad y necesidad de la moral científica. — 4. Moral histórica y moral filosófica.

1. Los juicios morales contienen una apreciación de las acciones humanas. Cuando á una acción la llamamos buena ó mala, no explicamos con eso cómo se produjo, pero expresamos el valor que posee á nuestros ojos. Toda apreciación de este género supone de una parte que existe una necesidad, un sentimiento que nos impulsa á juzgar el acto (ya permanezca este juicio simplemente en nuestro pensamiento, ó ya lo formulemos en palabras dirigidas á otros hombres), y de otra parte que poseemos una regla, un ideal con los cuales confrontamos el acto y con arreglo á ellos se le juzga. Llamo *base* de la moral el *móvil de la apreciación moral*. Consiste en los sentimientos y las tendencias que se abren paso y se expresan por los juicios morales, y con la naturaleza

de los cuales, por consiguiente, varían estos últimos. En cuanto al *criterio de la apreciación moral*, influye en el *contenido* de la moral en el sentido de que decide qué acciones, qué direcciones y formas de la vida deben ser apellidadas buenas desde su punto de vista. La base es el principio subjetivo, el criterio el principio objetivo de la moral.

El carácter de una concepción moral depende de la base que supone, del criterio que adopta y de la relación que existe entre la base y el criterio.

Los juicios morales, sin embargo, se formulan muy á menudo sin que se tenga clara y precisa conciencia de los principios que suponen. Semejante conciencia conduce por una evolución progresiva á la moral científica; pero no despierta sino cuando intervienen la reflexión y la duda. La cuestión estriba, pues, naturalmente en saber qué razones pueden provocar, y qué importancia podrá tener, de un modo general, dar á luz y discutir concienzudamente los principios morales.

2. No sólo se aduce juicios morales, juicios acerca del bien y del mal, antes del despertar del pensamiento propiamente dicho y de la investigación científica, sino que es necesario que broten continuamente juicios morales de un vivo sentimiento y de una viva tendencia que no nos permiten ningún reposo hasta que hayamos dado á conocer nuestro pensamiento. Estos juicios deben tener una verdad personal y práctica importancia. Es condición de una vida sana y vigorosa que no vayamos á buscar lejos, tras penosa meditación, los principios más importantes de nuestras resoluciones, sino que la decisión surja, al contrario, de lo que se ha convertido en carne y sangre nuestra. Por los juicios morales damos á luz nuestra personalidad: necesario es, pues, que estén determinados por la totalidad de nuestra naturaleza y no tan sólo por los raciocinios que po-

damos formular en horas de ocio, si las tenemos. Además, la vida no siempre nos deja tiempo de meditar: al contrario, con frecuencia exige la manifestación instantánea del juicio.

Y aun cuando tengamos tiempo y facultad de meditar, ¿por ventura entonces nuestros sentimientos y tendencias dejarán de ser bastante fuertes para determinar nuestro pensamiento por entero, sin que lo advirtamos, en lugar de ser dirigidos por él? ¿Acaso no es un prejuicio, vigorosamente atacado por la psicología, creer que la razón debe ejercer en nosotros soberana autoridad, y no se ha visto muy á menudo que un aparente decreto de la razón sólo fuese en realidad la expresión de una necesidad del alma? Es posible que en lógica y en matemáticas la razón pura hable en nuestros juicios; pero su voz es harto débil cuando se trata de lo más concreto y personal que hay en nosotros, esto es, las acciones humanas.

Además, la reflexión y la crítica ¿dejarían de ser aquí no sólo peligrosas sino hasta perjudiciales del todo? La reflexión tiene siempre cierta influencia disolvente; nos arrebatada aquella seguridad é indolencia instintiva con las cuales hacemos nuestra entrada en la vida, y aun cuando no nos paralice con las dudas que suscita, debilita nuestra fuerza. Entonces ya no obramos con toda nuestra energía y no expresamos ya nuestros juicios con la misma seguridad é ingenuidad, y hasta es posible que concluya por inducirnos á suspender nuestro juicio, porque nos parece imposible llegar á una decisión segura. Pero en este caso la vida también se agosta y acaba por cesar del todo, pues los juicios morales no son simples curiosidades teóricas, ni tan sólo manifestaciones afectivas, sino que ejercen sobre el sentimiento y la acción, lo mismo del que juzga, que de los demás hombres, una influencia determinante

No tan sólo son *motivados*, sino que ellos mismos se convierten en *motivos*, en fuerzas prácticas de mayor importancia.

La dificultad aumenta todavía si llevamos nuestras miradas más allá del individuo. Los sentimientos y las tendencias de éste las determinan *la naturaleza, las condiciones vitales y las tradiciones de la especie entera*. El individuo particular recibe algunas de sus facultades, algunos de sus instintos más eficaces, como un legado de la especie. Más tarde su desarrollo y su educación le conducen, como miembro de una familia, de una raza y de un estado, á cierta atmósfera mental, mientras que se presentan á él hábitos de vida, ideas, impulsiones y deberes que recibe involuntariamente, sin poder hacerlos objeto de sus reflexiones ni de su elección. Como ha salido del seno materno de la especie, bebe también las tradiciones con la materna leche. Su manera de proceder, de pensar, de sentir, es una herencia inconsciente de las generaciones anteriores. Los instintos y las tradiciones de la raza, la imitación y el ejercicio involuntarios constituyen en el individuo el fundamento de la moral, antes de que pueda intervenir su meditación consciente. Sin que lo pretenda, oriéntase su voluntad por determinadas vías, y esa orientación involuntaria de su voluntad determina los intereses y las fuerzas de su vida, que á su vez determinan sus juicios sobre el bien y el mal. Las virtudes nacen, como dice Jacobi, antes de que se les asigne nombres y se las erija en mandamientos, pues en los juicios morales, en las vigorosas manifestaciones afectivas, por las cuales se formula una apreciación del valor de las humanas acciones, no sólo tenemos la expresión del pensamiento del individuo particular, sino que por él se revela como *resultado de las experiencias de la especie*. El individuo no hace para sí propio su moral, no la inventa,

no la construye en absoluto desde el comienzo, y, sin embargo, sólo por aquí adquiere todo su poderío. La moral que vive en la especie es una condición de la salud y de la fuerza de la vida humana. Aquel que, gracias á su reflexión y á su crítica, pretende disolver lo que la naturaleza ha combinado, no sólo ha de vencer una resistencia enorme, sino que también debe saber lo que hace, á fin de no ir á parar á un laberinto inextricable en el que también podrían extraviarse cuantos le siguiesen.

Se ha llamado *moralidad positiva* á esta moral real y activa de la especie y de la vida. Vévela en los *juicios y los principios corrientes*, que á menudo revisten la forma de proverbios y pueden ser, ora manifestaciones duraderas de la sabiduría práctica de una nación, de una raza, de una comunidad religiosa, ora tener una existencia más corta, constituyendo como la «opinión pública» de un siglo ó de una época. Esa moral aparece igualmente en los *modelos vivos* (fundadores de religiones, héroes, legisladores, etc.), hacia los cuales una generación, ó varias sucesivamente, dirigen sus miradas, considerándolos como la más elevada expresión de la humanidad verdadera. Obsérvela, por fin, en el modo de organización de las *diversas relaciones y las distintas formas de la vida* (familia, sociedad civil, Estado, Iglesia). La legislación positiva contiene siempre cierta parte de la moralidad positiva. Todas las formas de esta moralidad tienen de común que los actos que la contradicen, provocan una reacción de la parte de la sociedad. Todo menoscabo infligido á los principios y á los modelos reinantes ó á las formas de vida dominantes, acarrea una explosión de irritación ó de cólera en el veredicto de la opinión pública, del que dependerá en adelante el honor del causante del daño. Ó bien esta censura moral no será la única consecuencia: convendrá que el autor

del acto dé una reparación, que lo expie acaso por el dolor ó por la muerte, apaciguando así la cólera que excitó. Ese sostén de la moralidad positiva por la reacción social se designa con el nombre de *sanción*. No es necesario que se haga sentir en el individuo únicamente como algo exterior; ya que hubo de encontrarse á sí mismo, en el origen, sin quererlo, ligado por la vida en la moralidad positiva, el individuo podrá sentir esa coacción en su fuero interior como si sólo formase una con la de su conciencia, si es lícito usar aquí esta frase, pues á decir verdad, la conciencia no existe entonces en ningún modo como factor puramente individual.

La moralidad positiva forma el cauce por donde pasa el torrente de la vida humana, cauce más hondo cada vez, pues continúa por él su curso hasta que nuevos canales ó los reflujos de la corriente se lo impiden. Pero ¿será posible intervenir aquí con el pensamiento consciente? Y, en este caso, ¿no resultará de ello un sensible debilitamiento de la fuerza que arrastra el torrente?

3. En oposición de tan serias objeciones, fuertemente motivadas, probaré de demostrar que la moral científica, lejos de ser imposible, perjudicial ó inútil, es por lo contrario un desarrollo de la propia moralidad positiva, que reacciona sobre ésta depurándola y manumiéndola, y que resuelve problemas que no tendrían solución de otro modo.

Claro es que no cabe defender la moralidad positiva ni sostener su importancia como condición de la salud y de la fuerza de la vida humana, sin estar en posesión de una regla por cuyo medio se la juzga. Esta regla no puede sacarse de la moralidad positiva, á menos de que se pretenda dar vueltas en un círculo vicioso. Preciso es, por lo tanto, buscar el modo de darse exacta cuenta del principio aplicado á la base de su apreciación, si bien entonces nos

encontramos ya en el camino que conduce á la moral científica. Al admitirse que la salud y la fuerza son mejores que la debilidad y la dolencia, se ha sentado ya un principio de apreciación. Nacerá entonces, naturalmente, la cuestión de saber si la moralidad positiva satisface en realidad y en todos casos las exigencias de este principio, si no hay otros principios que solicitarían ser aplicados en la apreciación, — y ya entonces nos encontramos de lleno en las discusiones.

No deja de ser contradictorio presentarse como defensor de la moralidad positiva cuando se observa un peligro en toda reflexión y en toda crítica. Por lo referente á lo que debe obrar con la fuerza de lo inconsciente, lo mejor es guardar silencio. No hay modo de combatir una duda seria como no sea con razones decisivas ó demostrando que hay preguntas cuya respuesta puede permanecer en suspenso sin que por ello sufra la vida. Inquirir el «por qué» de las cosas es una de las más nobles necesidades del hombre, é impedir el planteamiento de semejante cuestión conduce fácilmente á suprimir la vida de la mente en general. Las mismas preguntas y las dudas pueden manifestar la salud y la fuerza de la vida.

La vida misma conduce por su propio sendero á la interrogación. Sólo cuando el campo visual es estrecho y limitados los problemas, encontramos completa quietud. Pero, á medida que aumenta la experiencia, empiezan á compararse las diversas leyes, los distintos ideales, las diferentes instituciones de las varias épocas que se aprende á conocer entre diversos pueblos. Ó bien las experiencias y las situaciones nuevas plantean problemas que no pueden resolverse por medio de la moral tradicional, ó bien se busca introducir orden en la gran diversidad de los juicios morales que cada cual lleva con-

sigo, ó que se sabe llevan otros, para distinguir lo que es importante de lo que lo es menos. No hay duda de que los juicios morales son en su origen expresiones involuntarias del sentimiento, y acerca de ellos no cabe discusión; pero si puede haberla sobre el valor de las ideas á las cuales están ligados los sentimientos, y sobre la de los actos á que conducen.

A la verdad, es un momento difícil en la evolución mental aquel en que la reflexión y la crítica despiertan, ya en el individuo aislado, ya en el pueblo. La tendencia y el instinto pierden su fuerza y su certidumbre inmediatas, y el gran problema está en saber si es posible compensar esta pérdida (1). Pero cuando es la misma vida la que pone las preguntas en nuestros labios, es preciso, ó bien que encuentren una respuesta, ó que se decida por qué no pueden encontrarla. Importa asimismo anotar que la seguridad y la fuerza no son bienes absolutos. El sonámbulo anda más seguro que el hombre despierto, y no obstante le detenemos ó le despertamos para impedirle que se acerque al abismo. La mayor de las fuerzas puede manifestarse en una dirección soberanamente funesta. Probar el modo de disminuir esta fuerza, equivale á rebajar sus funestos efectos. Es preciso en seguida buscar la manera de dar á la visión mejor que se habrá obtenido de las cosas toda la energía que antes se hallaba al servicio del instinto inmediato. Toda sana evolución mental consiste precisamente en esto, en que la energía desviase de los fines estrechos para dirigirse hacia otros más grandes. Nada nace de nada.

La moral científica no pretende sustituirse á la moralidad positiva, ni le sería tampoco posible. No aspira más que á ser firme puntal de ella, desarro-

(1) Véase mi *Psicología*, VII, B, 3.

llarla y completarla. En la moral científica buscamos solamente comprendernos á nosotros mismos, ver claramente con arreglo á qué principios conducimos nuestra vida y poner esos principios más á la luz y en armonía más íntima entre sí. En la vida del humano espíritu, se produce una acción recíproca incesante entre lo consciente y lo inconsciente, como por otra parte entre el conocimiento, el sentimiento y la voluntad. Las adquisiciones hechas en un dominio del espíritu pueden aprovechar á todos los demás.

4. La moral científica es susceptible de imponerse dos tareas que no conviene confundir. Puede ser una ciencia ya histórica, ya filosófica. La *moral histórica ó comparada* busca exponer la moralidad positiva tal como se presenta en una época determinada en un pueblo determinado también, mostrar qué evolución experimenta en diferentes circunstancias, y comparar las diversas formas que puede tomar en diferentes épocas y en distintos pueblos. Anhela descubrir las causas de esas varias etapas y de esas múltiples formas de la evolución en circunstancias físicas, psicológicas ó históricas determinadas. La *moral filosófica* no tiene por objeto la descripción y la explicación de fenómenos morales determinados, sino su *apreciación*. Es una ciencia práctica y supone que nos hemos propuesto *fines* que deben ser realizados por las acciones humanas. Todo juicio moral implica tal fin, pues el sentimiento no lo mueve la vista ó el pensamiento de una acción sino cuando sirve ú opone obstáculos á algo cuya conservación ó cuyo éxito nos interesa profundamente. El juicio moral supone un vital interés, ya favorecido, ya damnificado por el acto de un hombre ó por una organización de las humanas relaciones.

Lo que históricamente se ha desarrollado, no por

CAPILLA ALBERTINA

eso está justificado de una manera moral. Podemos comprender cómo la moralidad positiva ha evolucionado hasta la forma que en nuestros tiempos y en nuestro país ha tomado, y condenarla, por lo tanto, más ó menos duramente. La moral histórica no puede enseñarnos sino lo que existe de hecho y la manera cómo esto ha adquirido vida; pero si no se admite que lo verdadero como tal y lo racional no constituyen sino uno, entonces es preciso formar apreciaciones sobre lo que existe. La moral filosófica es una apreciación sistemáticamente proseguida partiendo de una base determinada que suministra la naturaleza humana con arreglo al criterio correspondiente á esta base. Un examen continuado de este modo puede llevar á la condenación de ciertas acciones y de ciertas formas de vida y aprobar otras. Puede darse el caso de que en el seno de la moralidad positiva *se descubran inconsecuencias*, y como es preciso necesariamente partir de este principio, ó sea que todos los juicios morales deben enlazarse entre sí de una manera íntima, impónese la tarea de desarrollar la moralidad positiva de tal modo que desaparezcan las contradicciones. Además, el *estudio comparativo* de las diversas formas de la moralidad positiva, puede demostrar que tal ó cual de esas formas es preferible á tal otra, lo cual supone una regla precisa con arreglo á la cual la comparación se instituye, y puede hacer buscar medios de desarrollar el tipo de moralidad positiva reconocido como inferior en el sentido de aquel que se encuentra superior. A menudo, en fin, puede suceder que las razones primitivas de ciertas acciones é instituciones se hayan vuelto inaceptables, sin que aquellas hayan perdido, no obstante, su importancia y su valor. Aun en las nuevas condiciones y si se las considera bajo diferente aspecto que antes, pueden acarrear efectos hasta entonces desconocidos. Quali-

dades de carácter como el valor caballeresco, la castidad, el imperio sobre sí mismo, desarrollados en medios rudos y bárbaros, pueden hallar empleo en servir otros fines muy distintos que en el origen.

Históricamente, la propiedad privada nació bajo la influencia del deseo de dominar y del instinto de adquisición; luego se la ha reconocido, en interés de la paz, por el poderío social. Pero en la exposición moral de su valor y de su legitimidad presentes, hay que hacer intervenir otras consideraciones. Sucede con esto lo mismo que cuando en una ciudad se utiliza como paseos y lugares de esparcimiento las murallas primitivamente construidas para defenderla. En semejantes casos, se produce en el dominio moral una *sustitución*, por la cual se desechan los motivos primitivos reemplazándolos por otros, mientras que los actos, las costumbres y las instituciones permanecen iguales. Vese claramente por ahí que la explicación histórica de un fenómeno moral no es por sí sola decisiva para su apreciación, pues tal sustitución nunca deja de ser posible. La moral filosófica no aprecia nada de lo que existe solamente porque existe; pero probando de exceder lo que es, intenta demostrar de qué manera lo que se ha desarrollado en la historia puede cambiarse y utilizarse en nuevas formas.

Si es verdad que la moral histórica y la filosófica, consideradas desde este punto de vista, tienen un carácter muy diferente, veremos, por otra parte, que es difícil separarlas una de otra de un modo violento. El moralista historiador no podrá prescindir de ciertos postulados morales que ejercerán influencia en la claridad de criterio bajo la cual considerará el pasado. Es preciso también que sepa discernir cómo se constituyó una apreciación sistemática y que esté ejercitado en ese estudio, á fin de hacerse cargo de la coherencia interna (ó de la falta de coheren-

cia) de las ideas y de los hábitos morales de otros tiempos y de otros pueblos. Y, como hemos dicho ya, desde el momento que se propone hacer una comparación del valor de las diversas formas de la moralidad positiva, desde que exalta á unas y abate á otras, supone una regla determinada (y un móvil determinado de la apreciación), y se encuentra con tal motivo ya en el terreno de la moral filosófica. El moralista filósofo será naturalmente siempre un hijo de su tiempo y de su país, y la moral positiva que reina en éstos ejercerá de varios modos su influencia en los resultados á que llegará.

No se deduce de esto otra consecuencia sino que el trabajo de la moral filosófica debe continuamente emprenderse de nuevo. En los trabajos de nuestros predecesores, nos es preciso examinar y separar lo que se debe sólo á circunstancias é influencias pasajeras. En la moral de Kant, por ejemplo, se advierte claramente que el que la concibe es un alemán que se ha educado bajo la influencia del pietismo, y que su edad madura coincidió con la época del racionalismo. Algunos méritos y algunos defectos de su moral es preciso explicarlos por razones de ese género. Este hecho, determinado así por su país y por su tiempo (1), no impide, por otra parte, que un gran moralista filósofo pueda expresar pensamientos que guardarán su valor para numerosas generaciones. La moral filosófica no se hubiera

(1) Un interesante ejemplo del modo como el espíritu nacional determina la obra y los resultados de los pensadores individuales nos lo suministra la historia de la filosofía italiana, sobre todo en lo que á la moral concierne. Véase á Luis Ferri: *National Character and classicism in Italian Ethics* («International Journal of Ethics», 1895); y en lo que concierne á la Grecia antigua, Leopoldo Schmidt: *The Unity of the Ethics of ancient Greece* (Ibid., 1894).

convertido en un imposible por su limitación histórica, como si debiese ser una ciencia puramente racional, una exposición de eternas verdades. Sin embargo, nunca viene á ser más que la terminación sistemática de un determinado punto de vista histórico, y no sabría construir ideales y normas más que para ciertas condiciones de vida; á su manera es, exactamente lo mismo que la moralidad positiva, un medio en la lucha por la existencia: medio para conservar un grado de vida adquirido, y medio de adquirir un grado de vida nuevo, capaz de merecer que se le llame superior. Su carácter científico depende de la claridad con que establece su base y su criterio, y del rigor con que lleva adelante sus principios hasta en los menores detalles. Su valor práctico depende de la medida por la cual las ideas y los resultados así obtenidos pueden pasar á la carne y á la sangre de fracciones más ó menos considerables de la humana especie, encontrar un apoyo en sentimientos intensos y en arraigadas costumbres, y llegar de este modo á dirigir la organización de las diferentes relaciones vitales. La experiencia demuestra, no obstante, que el trecho que media desde las ideas morales generales hasta su aplicación práctica, puede ser á menudo muy largo y en extremo complicado.

CAPILLA ALABRIDA